

Gisela von Wobeser

*Apariciones de seres celestiales y demoniacos en la Nueva España*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

148 p.

(Historia Novohispana, 100)

ISBN 978-607-02-8324-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 22 de agosto de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/apariciones/celestiales.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

# Capítulo II

## APARICIONES DE SERES CELESTIALES

Muchos videntes suplieron sus necesidades afectivas, proyectaron sus angustias, requirieron protección o buscaron su sentido de la vida con figuras del más allá que los reconfortaban, consolaban en sus momentos de angustia, incertidumbre y desesperación, y los acompañaban en días especiales o simplemente en la cotidianidad. Por lo tanto, las historias de apariciones reflejan el mundo interior de los visionarios y manifiestan sus emociones: amor, temor, odio, esperanza, miedo, ternura, piedad y compasión, entre otras.

Muchas monjas buscaban el vínculo con seres sobrenaturales para dar sentido a sus vidas y escapar de la soledad interior, tristeza y desesperanza que afrontaban. La vida conventual implicaba grandes sacrificios y renunciaciones. La decisión de ingresar al convento se tomaba a temprana edad y con frecuencia no respondía a una sólida vocación, sino a circunstancias externas. La monja concepcionista Sebastiana de las Vírgenes afirma que después de haber profesado se arrepintió de haberse convertido en monja y su felicidad inicial se tornó en tristeza: “comencé a tener grandes tentaciones en si había errado en entrar, porque me parecía que había sido contra la voluntad de Dios, que me ponía a pensar y a mí misma me preguntaba ¿cómo he hecho esto?”.<sup>1</sup> Algo similar le sucedió a su prima hermana María Teresa de Suvisa y Castro, quien sólo ingresó al convento porque no quería separarse de ella, ya que eran muy cercanas y se amaban mucho.<sup>2</sup> María de Jesús Felipa, del convento de San Juan de la Penitencia, relata en su diario las batallas internas que libraba durante largos periodos de desasosiego, en las cuales su alma estaba en una “bartolina tan oscura en donde no encuentro más que confusión [...] me encuentro seca, indevota y remota de todo”.<sup>3</sup>

1 Espejo, *En religiosos incendios*, p. 84.

2 *Ibidem*, p. 85.

3 Lavrin, “La escritura desde un mundo oculto”, p. 55.

Pero no sólo las monjas padecían carencias afectivas, inseguridades sobre la salvación de sus almas y desolación interior, sino que estos estados también se dieron entre los clérigos, anacoretas, beatos y beatas, todos deseosos de llegar a Dios y establecer un vínculo afectivo con él, con la virgen María, los santos y los ángeles. Estos vínculos emulaban las relaciones de pareja, las filiales y las amistosas y les proporcionaban consuelo.

Las figuras del más allá podían aparecerse “en persona” o a través de alguna de las imágenes pictóricas o escultóricas que las representaban. En este último caso, algunas imágenes llegaban a manifestar señales de vida como abrir y cerrar los ojos, hacer guiños, hablar, sudar, sangrar, reírse y moverse, entre otras. Las imágenes visuales o auditivas que conformaban las revelaciones procedían del entorno de los videntes, lo mismo que las características iconográficas bajo las cuales los visualizaban. Muchas escenas de apariciones de estos seres se dieron en la tierra, en espacios del entorno cotidiano del vidente, pero también podían darse en lugares distantes o en el más allá. A pesar de que entre los videntes había teólogos, catedráticos universitarios y demás personas preparadas, los diálogos con las figuras del más allá solían ser simples, carentes de una dimensión teológica o filosófica. Con frecuencia se referían al ámbito afectivo, a promesas sobre la salvación eterna o transmitían mensajes moralistas. Los encuentros entre personas y seres del más allá no eran materiales, sino que se llevaban a cabo “en idea”, por medio de las potencias del alma, que eran la memoria, la voluntad y el entendimiento.<sup>4</sup> El alma, “para conseguir sus deseos y en el campo de su idea, lo obra todo, como si realmente pasara, o como si el mismo cuerpo la ayudara”.<sup>5</sup> Estas experiencias se podían dar durante la vigilia o en el sueño, ya que mientras el cuerpo está inactivo “no deja de obrar el alma; ella medita, razona, habla, negocia, pelea y vence; sin apartarse del cuerpo, se va volando por tierras y mares, para buscar a un amigo con quien consolarse; o a un enemigo con quien esgrimir esforzada sus armas”.<sup>6</sup>

### 1. *Apariciones de Jesucristo*

Entre los seres celestiales que se aparecían a los hombres y las mujeres del virreinato de Nueva España, Jesucristo ocupa el primer lugar. Era la única

4 Godínez, *Práctica de la teología mística*, p. 25.

5 Ramos, *Los prodigios de la omnipotencia*, vol. 2, f. 110.

6 *Loc. cit.*

imagen corporal de Dios, en tanto que había encarnado como hombre, y para la mayoría de los fieles resultaba más cercano y accesible que Dios Padre y/o el Espíritu Santo.<sup>7</sup> Las monjas y beatas se creían sus esposas y establecían fuertes nexos emotivos con él. A Jesucristo se le temía porque a él le correspondía juzgar el comportamiento de los seres humanos en el juicio final y de él se esperaba misericordia para alcanzar la salvación del alma.

Jesucristo se aparecía de muy distintas formas y lo hacía “en persona” o a través de alguna imagen suya, en la eucaristía o de manera abstracta, por ejemplo, mediante un rayo de luz o una estrella. Se presentaba de distintas edades, principalmente como niño o maduro, como en el momento de su pasión, y en escenas que aludían a distintos misterios, virtudes o atributos suyos. Su apariencia generalmente correspondía a la de las imágenes de devoción de los visionarios y, por lo tanto, se aparecía según las múltiples advocaciones bajo las cuales se le adoraba. Habitualmente se aparecía solo, como lo hizo cuando se presentó por primera vez ante sus discípulos después de su resurrección, pero también llegaba a hacerlo acompañado de su madre, de ángeles, de santos o de toda la corte celestial.

Las apariciones del Niño Jesús despertaban ternura, paz y amor filial entre los videntes y muchos de ellos, especialmente las mujeres, canalizaron sus instintos maternales hacia su figura. Lo protegían como hijo indefenso, lo cargaban, lo arrullaban y jugaban con él. El jesuita Miguel Godínez estaba orando en su celda cuando llegó la virgen María y le “arrojó en sus brazos a su precioso hijo”; él lo recibió inclinado y se quedó adorándolo con gran admiración.<sup>8</sup>

Apariciones del Niño Jesús como compañero de juegos reflejan el espíritu lúdico de algunos videntes. María de Jesús Tomelín jugaba con él de pequeña,<sup>9</sup> y la beata Teresa Romero lo entretenía varias horas por las noches

---

7 Una excepción es la visión del Espíritu Santo que tuvo la monja sor María Magdalena de Lorravaquío, la cual describió como sigue: “Otra vez habiendo comulgado y estando en oración y en una profundísima contemplación quedé suspensa y en ella se me apareció en lo íntimo de mi alma una paloma muy albísima y no tenía en las alas plumas sino unas a manera de conchas muy doradas y blancas, el pico muy colorado [...] Me iba a él que sentía los afectos de ser [el] *Spiritu* Santo que me visitaba: De ésta fue con grande extremo el ardiente amor que me abrasó el alma y los consuelos que se me comunicaron del cielo, y las grandes mercedes que me hizo mi Señor y me duró este regalo mucho tiempo con muy grande abundancia”. Biéńko, “Autobiografía de María Magdalena”, pp. 17-17v.

8 Se trata de una visión que tuvo la carmelita de velo negro Francisca de la Natividad. Loreto, “Vida de la madre Francisca de la Natividad”, p. 53.

9 Rubial García, “Los santos milagrosos y malogrados”, p. 92.

























cargados de pan floreado y lindo” con una nota que decía: “aquesto es para el desierto”; una vez más atribuyeron este regalo al “ángel de Dios”.<sup>55</sup>

El carmelita fray Juan de Jesús relata que su ángel de la guarda lo despertaba regularmente a las dos y media de la mañana para que pudiera escribir varios libros que tenía en curso. Una vez concluida esta labor, le pidió que lo despertara poco antes de las tres para ir al coro y estar con Jesucristo, encargos que el ángel desempeñaba con toda puntualidad.<sup>56</sup>

Fray Agustín de la Madre de Dios afirma que el ángel de la guarda de fray Juan, provincial del convento carmelita, adoptó la figura de éste para reprender a uno de los correligionarios que había concertado una cita con una mujer de mala fama. Esa misma noche, el ángel disfrazado de fray Juan entró en la celda de quien se disponía a pecar y lo reprimió duramente. El fraile empezó a temblar, a llorar y a dar voces de arrepentimiento a la vez que solicitaba la presencia de fray Juan. Éste llegó la mañana siguiente para asegurarle que no era él quien lo había visitado de noche.<sup>57</sup> Aunque esta historia parece más un *exemplum* que una experiencia vivida por una persona, manifiesta la función que los ángeles desempeñaban en el imaginario de los fieles.

A los ángeles les concedían la posibilidad de viajar junto con sus protegidos, tradición proveniente desde la Antigüedad. El de la guarda de María de Jesús Tomelín le mostró “distintas partes del mundo”, entre ellas “las tierras de los infieles” y diversos sitios del más allá. Al llegar a cierto lugar, una gran puerta cerrada les impedía la entrada. Tocaron y apareció un Demonio que dijo que ninguna “criatura que vivía en carne podía entrar”, pero el ángel replicó que “Dios todo lo podía”, y entonces les abrió la puerta y los dejó pasar. Adentro la monja vio “muchas flores y arboledas [y] aguas cristalinas. Entonces el ángel le explicó que estaban en el paraíso terrenal”. En otra ocasión, el mismo ángel la llevó al purgatorio. Allí vio a numerosas almas en medio de “vivas llamas”. El ángel le propuso que las acompañara y sufriera los tormentos junto con ellas desde esa hora hasta las tres de la mañana, entonces las almas quedarían libres y Dios la premiaría por la caridad. María de Jesús accedió por agradecer a Dios.<sup>58</sup>

---

55 *Ibidem*, p. 268.

56 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 280.

57 *Ibidem*, pp. 373-374.

58 Loreto, *Los conventos femeninos*, pp. 278 y 279.



Como cortesanos y parte del séquito de Dios, la Virgen y los santos, los ángeles acompañaban con frecuencia a los videntes. A Gregorio López lo vieron en Zacatecas rodeado de ellos en el momento de su muerte.<sup>59</sup>

#### 4. Apariciones de almas bienaventuradas

Algunas almas bienaventuradas se aparecían a sus allegados antes de subir al cielo, para consolarlos y alentarlos a que siguieran en el camino del bien. Inés de la Cruz, la concepcionista que fundó el convento del Carmen de México, al morir se apareció “gloriosa y resplandeciente” a la madre María de San Nicolás, quien se encontraba enferma en el convento de Jesús María. Esta última le dio la bienvenida y le expresó el gusto que le daba verla bienaventurada y se extrañó de que portara el hábito concepcionista y no el del Carmen Descalzo. El alma le respondió que se debía al hecho de haber sido el primero que había usado, como ocurrió a la santa Escolástica, la hermana de san Benito.<sup>60</sup> En otra ocasión, Isabel de San Alberto, monja del convento de carmelitas descalzas, vio que el alma de Inés de la Cruz se levantaba de la sepultura y la llamaba con la mano para que se fuera con ella al cielo.<sup>61</sup>

Había bienaventurados que se aparecían para consolar y reconfortar a los frailes y monjas que vivían en clausura. La priora del convento de carmelitas descalzas de Puebla se apareció después de muerta a Inés de la Madre de Dios, una religiosa de su comunidad. Ante la pregunta de sor Inés de si estaba muerta y había resucitado, la priora asintió y dijo que venía para ayudarla a lograr su salvación. Después visitó a otra monja que había sufrido mucho a lo largo de su vida, con lo cual le hizo un gran beneficio.<sup>62</sup>

Algunos clérigos y monjas tuvieron visiones de sus allegados en el cielo.<sup>63</sup> Entre las esperanzas que el cielo brindaba a los fieles estaba precisamente la de reencontrarse con los seres queridos. María de San José, monja agustina de Santa Mónica de Puebla, mientras rezaba en el coro vio a su madre el mismo día que la enterraron. Pero no la visualizó como la anciana que era al morir, sino como se imaginaban a los seres celestiales “muy moza, linda por extremo, toda llena de resplandores”.<sup>64</sup> Al estar sor María

---

59 Rubial García, *La santidad controvertida*, p. 105.

60 Sigüenza, *Paraíso occidental*, p. 255.

61 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 384.

62 *Ibidem*, p. 402.

63 Castillo Graxeda, “Autobiografía”, p. 62.

64 Myers, “Madre María de San José”, p. 92.

Magdalena rezando por el alma de un sacerdote recién fallecido, de pronto quedó “suspensa” y lo vio elevarse a gran altura “vestido con una casulla blanca bordada de verde y oro y plata y muy resplandeciente y linda” de lo que entendió que iba rumbo a la eternidad.<sup>65</sup>

Al morir el carmelita Francisco de los Reyes, un correligionario vio desde la celda salir su alma del cuerpo para “recibir al esposo” y “entrar en las bodas celestiales”.<sup>66</sup> Los cielos se abrieron y le mostraron una “calle muy ancha y muy hermosa, la cual se iba dilatando, bañada de resplandores” que abarcaba “desde la celda del hermano hasta lo alto del cielo”. La calle estaba adornada con ricas colgaduras y tapices costosos, como se acostumbraba en las fiestas y procesiones terrenales, y el piso estaba cubierto con pétalos de rosas y jazmines que exhalaban una celestial fragancia. La iluminaban luceros que permitían ver los “doseles que estaban entretejidos de varia pedrería y de menudas estrellas”. El fraile vio transitar por esa calle una procesión conformada por ángeles y santos “todos con cirios blancos en las manos [y] mostrando gran contento. Iban en forma humana los ángeles, todos de gala y librea, extendidas las rubias cabelleras por encima de los hombros y sembrados de diamantes y zafiros por entre trecho y trecho. Salpicábanse luceros por alas y vestiduras, pareciendo cada una más que el sol en el reino de su Padre y ostentando con júbilos la dicha de que gozan”.<sup>67</sup> Al final de la procesión iba el alma de fray Francisco de los Reyes, en medio de “dos venerables personajes”. Iba “triunfante y glorioso” y la tela de su viejo y raído hábito carmelita se había transformado en una prenda “preciosísima”, bordada con gran primor. Estaba resplandeciente de alegría y los ángeles volvían de cuando en cuando sus cabezas, mirándolo con amor. La procesión siguió por la hermosa calle hasta perderse de vista. El vidente se quedó “envidioso [de] tanta gloria y ansioso de merecerla” cuando muriera.<sup>68</sup> El que las personas rejuvenecieran y mejoraran su aspecto respondía a la idea de que los seres celestiales eran perfectos y, por lo tanto, bellos e incorruptibles, lo mismo que los objetos que los rodeaban.

El carmelita fray Antonio de la Cruz no esperaba a que los bienaventurados lo visitaran, sino que él se trasladaba al cielo para interactuar con ellos.

65 Bieñko, “Autobiografía de María Magdalena”, ff. 21v, 77v-78.

66 Se refiere a los desposorios místicos que eran frecuentes en el caso de las monjas, pero también los llegaban a experimentar los hombres.

67 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 167.

68 *Loc. cit.*

Allí transitaba por “los coros de ángeles” y contemplaba su belleza, pasaba donde estaban los profetas y patriarcas, “mirando y admirando aquella gloria que por su fe consiguieron”. Luego se trasladaba al coro de los padres de la iglesia “y saludaba a aquel senado ilustre de los apóstoles santos, pidiéndoles humilde para el mundo sufragios de oraciones”. Continuaba visitando a los mártires, y “entre la variedad de sus trofeos celebraba sus victorias, suplicando le diesen fortaleza contra sus adversarios”; a los confesores los trataba como amigos porque esperaba en algún tiempo verse entre aquella compañía celestial. “Pero donde gastaba muchos ratos era en el virginal coro, porque tenía allí muchas devotas [...] la hermosa Catalina, Inés, Teresa, Margarita y otras tales eran las damas a quien visitaba; a ellas pedía pureza y con ellas pasaba entretenido muy buenos ratos de conversación.”<sup>69</sup> En estas descripciones no puede uno dejar de contrastar el lujo celestial, construido por el imaginario a semejanza de las cortes terrenales, con la sobriedad, sencillez y pobreza en la que vivían los carmelitas.<sup>70</sup>

---

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 207.

<sup>70</sup> Colleen McDannell y Bernhard Lang, *Historia del cielo*, trad. de Juan Alberto Moreno Tortuero, Madrid, Taurus, 2001, p. 227.